

ARQUEOLOGÍA AZULEJOS DE TRIANA SEPULCRO NOTABLE

(Copia literal del librito de José María Asencio, escrito en 1880, que se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, entre los fondos cedidos por D. Luís Montoto. El recurso digital que se puede encontrar en: http://fama2.us.es/flgh/media/digital/107_azultri.pdf, no reproduce la última página que hemos podido copiar.)

Se trata de un interesante comentario a la obra cerámica de Francisco Niculoso Pisano que se conserva en la Iglesia de Santa Ana de Sevilla, una lauda sepulcral de Íñigo López, conocido como “el Negro”. Hemos querido ilustrar el texto con imágenes actualizadas de esta singular obra).



I

La historia del arte cerámico en Andalucía está por escribir, y ciertamente vale la pena de que alguna persona entendida en los diversos ramos que comprende se dedique a formarla. Puede hacerse un libro interesante, que serviría de complemento a los muchos que se han escrito sobre teoría y práctica de las artes del diseño, y aun a los de historia de la Escuela pictórica sevillana; puesto que los maestros más celebrados de ella no se desdeñaron a veces de ir a trazar sus figuras sobre el barro para que, realzadas por el vidriado ó esmalte, vinieran luego a servir de adorno en pórticos y galerías de los mejores palacios, de los templos y de los edificios particulares.

Diseminadas en algunos libros raros ó curiosos se encuentran noticias de la industria alfarera en Triana, populoso y fabril arrabal de Sevilla, separado de la ciudad por el rio, y en el cual es indudable se hallaban establecidas fabricas de barro cocido desde el tiempo de los romanos, quizá en la misma forma que hoy las vemos, ó con muy ligeras variaciones. En el libro titulado Grandezas y cosas memorables de España, que escribió el maestro Pedro de Medina, y se imprimió en Sevilla por Dominico Robertis en 1549, ya se habla como de muy antigua fabricación de la loza de Triana, y consigna el autor que **«hay cuasi cincuenta casas donde se hace, y de donde se lleva para muchas partes.»** Y luego añade esta significativa la noticia: **«Así mismo se haze azulejo muy polido de muchas diferencias, labores y colores. Y así mismo muy hermosos bultos de hombres. De este azulejo se labra mucha cantidad que se lleva a muchas partes.»**

En tan breves palabras se fijan inciden talmente el arte, la industria y el comercio de aquel importante barrio de Sevilla; porque se habla de la fabricación de loza basta y de su consumo, así como de los azulejos esmaltados y de la exportación que de ellos se hacía.

En algún otro de los historiadores particulares de la ciudad se encuentran diseminadas ciertas indicaciones; pero ya muy de propósito trata de las alfarerías de aquel arrabal el docto anticuario D. Justino Matute y Daviria en el librito que intituló Aparato para escribir la historia de Triana y de su iglesia parroquial, y salió a luz en 1818.



Viniendo al propósito de este artículo, dejaremos consignada la gran belleza que alcanzaron los azulejos en la época de los Ben-Abed, ó Abaditas, de la cual son restos los que admiramos ahora por sus reflejos metálicos ó por las caprichosas labores que por medio del prensado se fijaban en el barro antes del vidriado. Conquistada la ciudad, parece continuaron en sus trabajos aquellas acreditadas fabricas; pero los disturbios de los reinados que siguieron al de San Fernando, las persecuciones de los moros y conversos, que eran los que principalmente se dedicaban a aquella industria, y más tarde el establecimiento de la Inquisición en aquel mismo barrio de Triana, hicieron que fuera decayendo la fabricación, no solamente en cuanto al número e importancia de los establecimientos que a ella se dedicaban, sino también en cuanto a la belleza del vidriado, finura del barro y mérito del dibujo y estampación. Mucho habían perdido los industriales de Sevilla y Triana. Las artes iban entrando en un período de decadencia.



A darle nueva vida, y movidos también por la esperanza del lucro, que hacían aquí mas fácil y hacedero los caudales que continuamente venían del Nuevo Mundo, y las flotas que a él se dirigían desde nuestro puerto, vinieron de diversos puntos de Alemania, de Flandes y de Italia a establecerse en Sevilla muchos artistas de verdadero mérito, que contribuyeron en gran manera al desarrollo de la instrucción artística y al carácter y renombre de la Escuela de esta ciudad.

Concurrió entre ellos al finalizar el siglo XV, ó al dar principio el siguiente, Francisco Niculoso, natural de Pisa, cuyas obras sobre azulejos son de lo más notable que en esta clase conservan los monumentos de Sevilla.

Dedicado al dibujo para esmalte hizo una verdadera revolución en el arte, llevando a las fabricaciones de Triana nuevos colores de que antes carecían, y produciendo cuadros completos que hasta entonces no se habían visto en aquellos talleres, con variados tonos, perfectos detalles, dibujo correcto y expresivo y grandiosa composición.

A su trabajo se deben la portada y alicatado del convento de monjas de Santa Paula, donde puso Cervantes el desenlace de su novela La Española Inglesa, y que es una de las maravillas que admiran los inteligentes.

Obra igualmente apreciable de su mano, y tan original como la anterior, es el precioso altar llamado de los Reyes Católicos en el oratorio del Alcázar, que merece descripción detallada.

Pero por hoy hemos de limitar este estudio a la del sepulcro que hizo para la parroquia de Santa Ana en Triana, que es obra importantísima por más de un concepto, que lleva fecha del año 1504, y que habiendo permanecido ignorada, desconocida durante el espacio de tres siglos, es hoy admirada por los aficionados que la visitan con gran curiosidad, no tan sólo por su incuestionable merito artístico, sino también porque a su descubrimiento va unida una tradición tan característica, tan local, de un colorido tan propio, que no puedo resistir al deseo de consignarla, tal cual la escuché repetidas veces de labios hartos autorizados.

II

Se figura que por los años de 184.... un tal Castro, alfarero muy conocido por su honradez, por su piedad y por su devoción en todo el barrio de Triana, llevó a bautizar un nieto suyo a la iglesia de Santa Ana, en una tormentosa noche del mes de Noviembre. Siguiendo la creencia de que el padre y el abuelo no deben estar presentes mientras el hijo recibe las aguas de la gracia, se arrodilló en oración delante del altar de las Animas, inmediato al cual estaba otro dedicado a Santa Cecilia, fundación hecha por D^a María de Alfaro, mujer de Alonso Dávila de la Carrera, el año de 1588, y del cual cuidaba la capilla de música de la parroquia.

Rezaba fervorosamente el buen Castro, cuando sintió que le tocaban con suavidad en el hombro, y volviendo la vista encontró a su lado un anciano de extraño rostro, enjuto, lloroso y pálido, que le dijo, señalando con la mano al frontal del altar de Santa Cecilia:

-¡Ahí está enterrado el esclavo asesinado por el Marqués de ***! ¡Ahí está, Castro, ahí está!

Y se retiró acongojado.

Pasó un mes, y Castro, casi olvidado de aquella noticia, para él de escasa importancia, hubo de quedarse solo en la nave misma de la iglesia, concluida que fue la misa de doce en un día de fiesta; allí permanecía entregado a sus devociones, y sintió que le tiraban de la capa, viendo al mismo anciano lloroso, pero en ademán airado, que le repetía:

-¡Castro, ahí está el esclavo asesinado, y es preciso que se lo digas al señor Cura!..¡Ahí esta!...

Y el viejo desapareció sin que Castro en su turbación, viera por dónde se había marchado.

De vuelta en su casa, cayó enfermo con fiebre el pobre alfarero, y en su delirio hablaba de apariciones sobrenaturales, de asesinos y de cosas maravillosas que debía comunicar al señor Cura; y restablecido al cabo de algunos días, tuvo una larga conferencia con aquel señor, poniendo en su noticia el suceso tal como lo hemos referido, y ora fuese real ó imaginario.

La noticia corrió rápida por todo el arrabal: todos hablaban de Castro, del viejo aparecido y del esclavo asesinado. Se prestaban fabulosas proporciones al suceso; pero pasaron los días y el tumulto se fue apaciguando: los Curas de la iglesia de Santa Ana dieron poco crédito a la noticia, ó la olvidaron luego, y ya nadie se acordaba, al parecer, de aquella ocurrencia singular, y tan propia del carácter de nuestro pueblo bajo de Andalucía.

Únicamente el alfarero Castro conservaba vivo el recuerdo: huía de quedarse solo en la iglesia, y palidecía, y mudaba desabridamente de conversación cuando algún importuno le interrogaba sobre la aparición del viejo.

Dos ó tres años trascurrieron. El altar de Santa Cecilia, abandonado por la capilla de músicos, y falto de rentas propias, se encontraba en malísimo estado, amenazando ruina, y para dejar más franca la nave cuyo paso estrechaba, resolvieron quitarlo de aquel lugar en que por siglos había estado. Pero entonces se recordó la conseja, se quisieron evitar hablillas, y procediendo con cierta precaución se descubrió en la pared en que el altar se apoyaba, un sepulcro, formado de azulejos, con su figura é inscripción.

III

Confirma esta original tradición de los vecinos de Triana, y aún la adición con datos dignos de llamar la atención, el testimonio del respetable y octogenario sacerdote D. José Cubero, que en la tierna edad de ocho años entró de acólito en la iglesia parroquial de Sra. Sta. Ana, y nunca ha faltado de ella.

Un tío de dicho eclesiástico, y también sacerdote, que había pasado a América a fines del siglo anterior, regresó a Triana en 1821, y preguntó a su sobrino Cubero cual era el sepulcro de un negrito que había sido enterrado en Santa Ana a principios del siglo XVI, en opinión de mártir, según noticias que había visto en papeles antiguos conservados en Méjico. Entonces nadie pudo darle respuesta; pero cuando se descubrió el sepulcro de Íñigo Lopez -esclavo-, muchos recordaron la pregunta, y se fijaron en él.

En efecto, entre el esclavo asesinado y el negrito mártir se encuentra analogía, y la figura en los azulejos merece detenido estudio.



IV.

Forma el sepulcro un arco embutido en la pared, que sólo se levanta cosa de un metro sobre el nivel del pavimento, y desde la recta que forma cuerda hasta la clave del arco estaba en hueco, sin que podamos asegurar lo que allí había, por haberse rellenado y enlucido posteriormente aquel vano.

La lapida está formada por treinta y dos azulejos, y en ellos dibujada la orla, inscripción y figura con la firma del artista.

La inscripción dice así:

**ESTA FIGVRA-Y SEPVLTVRA • ES DE INIGO LOPES
EN EL ANNO DEL S MIL CCCCCIII.-**

Después del apellido Lopez hay un claro, faltando una palabra, que se hizo desaparecer saltando el esmalte cuando se descubrió el sepulcro. Esa palabra decía esclavo y se borró por temor a las hablillas del vulgo, si se recordaba la aparición que dijo el alfarero Castro.



Yace, pues, allí enterrado un esclavo desde el año 1503; y si se repara en la ropa amarilla, en el gorro morado que cubre su cabeza, y hasta en la sencilla cruz que tiene sobre el pecho, se encontrara algo de particular. Un esclavo con sepultura es cosa rara; pero se dice que aquel esclavo fue asesinado, que el matador costeó el sepulcro.... tradiciones ó consejas cuya exactitud no hemos podido comprobar.

El azulejo es de gran mérito. El colorido es bellísimo y armonioso; y hay gran prolijidad en los detalles, tanto de la figura, como de la orla. En ésta sobre la cabeza de la figura hay una cartelilla que dice:

NICULOSO FRANCISCO ITALIANO ME FECIT



Y esta firma, unida a la fecha de 1503, aumenta la importancia de la obra, y son datos apreciables para la historia de la industria.

El celebrado artista introdujo grandes adelantos en la cerámica y en el esmalte. Sus obras se distinguen de todas por la composición, por el adorno y por el diseño, pero más aún por la brillantez y variación del color. Antes de él, en la Alfarería de Triana, apenas se fijaban otros colores que el verde, el violado y el azul, prodigándose con exceso el amarillo.

Niculoso introdujo el uso del negro, combinando rebajos y medias tintas para dulcificar los tonos; preparó fondos perdidos que sin quitar armonía a sus cuadros daban realce a los primeros términos, y le permitieron degradar las figuras colocándolas en diferentes planos por la intensidad de las tintas para dar mayor efecto a sus composiciones.

Aprovechando sus artísticas innovaciones pudieron esmaltarse las grandes cacerías que se conservaron hasta hace muy poco años en el claustro del Convento Madre de Dios, y que no sabemos si se han salvado de la destrucción; y se preparó el camino para que Valdés Leal, Herrera, y el mismo Bartolomé Esteban Murillo pudieran estampillar en el barro las figuras que decoran las fachadas de la Iglesia de San Francisco de Paula y del Hospital de la Caridad.

José María Asencio